

## VII.

### LA CENA DE PENHOEL.

Detrás de la puerta se frotaban las manos con alegría Blas y Bibandier, como si ningún drama se pudiera representar en este mundo sin que tuviera su parte bufona ó vergonzosa.

—No tiene nada de particular, dijo el enterrador, despedir á estas horas á cualquiera.

—¡Y con un tiempo tan excelente! añadió Blas: los muy bobos se van á poner como sopas si no les sucede algo mas. ¡Qué viento!

—¡Y qué ruido causa el ríol.... ¡Caen gotas tan gruesas como monedas de seis libras! Ahora que les hemos dado escolta me parece lo mas acertado ver si el muy respetable maire nos ha dejado algunos frascos de aguardiente.

—¡El señor maire! repitió Blas con tono de mo-  
fa.... Yo me he quedado con su bufanda de me-  
rino para hacerme un chaleco.

Habian entrado ambos en el vestíbulo del cas-  
tillo.

René, Marta y el tío Juan bajaban la pendiente.

La tempestad que amenazaba acababa de estallar  
al fin con repentina violencia: la lluvia caía á tor-  
rentes.

—¡Qué noche tan terrible va á ser esta para los  
que no tienen asilo! murmuró el tío Juan.

Marta llevaba la cabeza al aire; sus cabellos es-  
taban ya empapados en agua.

—Nosotros carecemos de él, dijo René.

—Entre los antiguos colonos de Penhoel.... co-  
menzó Marta.

—No hay que pensar en eso, hija mia, interrumpió  
el tío Juan: los que nos echan no han olvidado  
nada.... Nuestra desgracia es contagiosa y la hos-  
pitalidad que llegáramos á pedir á un pobre hom-  
bre sería una maldición para él y su familia.

La lluvia y el viento aumentaban cada vez mas:  
las malezas eran demasiado bajas para ofrecer la  
menor proteccion.

René se detuvo.

—En una noche semejante á esta, dijo, abrí yo  
las puertas del castillo al hombre que hoy nos ar-  
roja de él.... No encontraré un sitio donde refu-  
giarme, yo, que nunca he negado á nadie la hospi-  
talidad.... Excepto á uno, agregó en voz baja.

Y añadió, oprimiéndose la frente con las manos:

—¡Oh hermano miol ¡hermano miol... Dios te venga.

—Vamos, sobrino mio, dijo el tío Juan, que sacudió su abatimiento y fingió una especie de alegría.... Abandonad esas ideas.... Todo se reduce á arrostrar una tempestad. Un rato de placer para un cazador! En todo caso podemos estar seguros de encontrar buena acogida en la casa de nuestro antiguo amigo el posadero de Redon.

—Es verdad, dijo vivamente Penhoel.... ese al menos nos quiere y es bastante rico para mantener á Marta mientras que yo iré... Dios sabe dónde...

—Donde vayais vos os seguiré yo, Penhoel, contestó Marta.

René hizo como que no habia oido.

—Es preciso que vaya muy lejos, muy lejos, porque esas gentes conservan un arma terrible contra mí, y mientras me vean al alcance de sus tiros, me herirán sin compasion ni descanso. Hasta mi muerte temerán verme volver á la casa de mi padre.

—Y harán bien, sobrino mio, contestó el tío Juan afectando una esperanza de que carecia, porque Dios es justo y volveréis á ella algun dia. Entre tanto veo luz en la cabaña de Benito Haligan, el barquero.... Entremos allí para dejar que pase la tempestad, porque la pobre Marta está muy débil. Tengo muchas esperanzas.... Cuando Marta esté ya repuesta, tomaremos la barca y nos dirigiremos

á casa de nuestro amigo Geraud, que es rico y con secuento.

El tío Juan marchaba entonces el primero. Internóse en el sendero que conducia á la cabaña. René le seguia con repugnancia. Hacia mas de un año que no habia visitado al anciano servidor de su padre, que se moria en el mas completo abandono.

Como Juan de Penhoel se acercara á la cabaña, vió á través de la puerta una masa negra cuya forma no distinguia.

Al ruido producido por sus pasos se movió la masa negra.

Era un hombre sentado en el dintel y con la cabeza entre las manos.

—¿Eres tú, Benito? preguntó el tío Juan.

El hombre levantó la cabeza, y el tío Juan pudo reconocer la fisonomía del posadero de Redon.

Hizo un verdadero movimiento de alegría y chocó sus dos manos una con otra.

—¡Andad, sobrino miol exclamó, ¡andad, Marta! He aquí justamente á nuestro amigo Geraud, que va á sacarnos de nuestra difícil posicion.

El posadero se levantó en silencio y se quitó el gorro con respeto, apartándose á un lado para dejarles paso.

El movimiento que hizo dejó su rostro al descubierto alumbrado por la resina. El tío Juan se detuvo en el dintel de la puerta al ver pintada en

aquella fisonomía la tristeza y el desaliento mas completos.

Benito Haligan se habia incorporado.

—Encended otra resina, Francisco Geraud, dijo... Encended un buen fuego en la chimenea... No todos los dias visitan los señores de Penhoel á su fiel servidor.

Geraud no se movia.

Miraba con tristeza y abatimiento á los tres huéspedes de la pobre cabaña.

Cuando la Señora entró la última, le tomó la mano llevándosela á los labios.

Lloraba.

—¿Es cierto lo que acaba de decirme Benito? murmuró con voz alterada.

Penhoel dirigió al lecho una mirada compasiva.

—¿Qué ha dicho? preguntó.

—Encended otra resina, Francisco Geraud, repitió el pobre barquero.

Encended un buen fuego en la chimenea y buscad sillas para que nuestros señores sean recibidos como conviene.

—He dicho que el castillo habia cambiado de dueño, replicó Benito, contestando á Penhoel, y que daria cuanto me resta á escepcion de la salvacion eterna, por haberme engañado. He dicho tambien que René de Penhoel iba á necesitar á los que han comido el pan de su padre....

—¿Es ciertol.... ¡es ciertol.... balbuceó el posadero: ¡han tenido la crueldad de echaros á vos,

Penhoel, á vos, Mr. Juan, y tambien á vos, Señora?

—¡Es verdad! contestó René.

—Y hemos contado con vos, amigo Geraud, añadió el tio Juan.

El posadero movió la cabeza.

—He hecho lo que he podido, dijo como hablándose á sí mismo; ahora no poseo ya nada.

—¿Ni aun un asilo que dar al hijo de tu señor? preguntó el tio Juan, cuya voz adquirió un acento de amargura.

—Ni aun un asilo que dar al hijo de mi señor, contestó el posadero; esta mañana han ido los curiales á mi establecimiento.... me han puesto en la calle con mi pobre mujer, que lloraba.... Mr. Juan, la pobre habia creído morir en la abundancia, y á su edad es muy doloroso ir á pedir limosna por los caminos.

René se habia sentado en un taburete lo mas lejoso posible del lecho de Benito.

—¡Yo soy!... replicó en voz baja: tambien esta vez soy yo la causa de todo.... Desde hace dos años me llevaba Geraud dinero todas las semanas... La tarde de San Luis me dijo al entregarme la última bolsa....

Esto, señor, no proviene de mí solo, porque estoy arruinado. He dicho á las buenas gentes de Glenac y de Bains: Penhoel necesita dinero.... y se ha llenado el saco.... Y yo, añadió René, lo perdí todo en una sola partida.

—Cuanto yo poseia era vuestro, Penhoel, murmuró Geraud; lo que siento es no tener mas.

El tio Juan se acercó al posadero estrechándole la mano en silencio.

—Pero, replicó este último, no es esto todo, ¡Dios mio! Benito decia además otra cosa.... ¿Es cierto que pueden perderos despues de haberos despojado?....

¿Es cierto que el honor de Penhoel está entre las manos de esos demonios?

Nadie respondió.

La cavernosa voz del barquero se dejó oír en medio del silencio.

—Al cuello de la Señora hay una cadena de oro, dijo, con cuyo importe se puede ir muy lejos.

—No hay tiempo que perder, exclamó el posadero; mañana antes de despuntar la aurora debeis estar en el camino de Rennes, Penhoel, pues los infames que os han robado podrian llevar aun mas lejos su crueldad.

Marta presentó la cadena al tio Juan.

—Bien se aleje ó bien se quede, murmuró Benito Haligan, se apoderarán de su cuerpo y de su alma. No le oia nadie.

—Iré con vos, prosiguió Geraud, aun cuando sea hasta Paris, porque como no estais habituados á serviros....

—¡Pero vuestra mujer! dijo Marta.

—Cuando yo era marino, contestó el posadero, permanecia sola por espacio de años enteros.

—¡Pobre y anciana como está ahora la infeliz! quiso objetar el tio Juan.

El posadero dudó un momento.

—Escuchad, dijo en seguida con sencillez, pero con ese tono perentorio que solo se usa para lanzar un argumento sin réplica; he nacido en Penhoel.....

La tempestad habia cesado. Nuestros tres fugitivos acompañados del anciano Geraud, bajaron hácia la barca de Port-Corbeau.

Las lúgubres palabras de Benito Haligan pesaban sobre sus pechos oprimidos.

Mientras Geraud desamarraba la barca, se habia quedado algo detrás Marta.

El viento habia hecho desaparecer las nubes. La luna brillaba á través de las mojadas ramas de los árboles. Marta se volvió para dirigir la última mirada al castillo.

En el sendero, alumbrado á medias, vió dos formas conocidas que se deslizaban agarradas de la mano, dos jóvenes cuyas largas cabelleras flotaban al último soplo de la tempestad.

Marta unió las manos lanzando un débil grito. Habia caido de rodillas.

El tio Juan se precipitó hácia ella.

—¡Las he visto! respondió Marta á sus preguntas.... ¡las dos!.... La muerte no las ha desfigurado. Me han echado un beso con su sonrisa angelical. ¡Oh! ¡las veré con frecuencia, porque ahora saben cuánto las amabal....

A pesar de su apariencia de soledad y de abandono, el castillo había conservado, sin embargo, algunos huéspedes.

Apenas hubieron dejado el gran salón Marta, René y el tío Juan, cuando se abrió una puerta lateral dando paso á Mr. Roberto de Blois.

Roberto había oído y visto la mayor parte de cuanto acababa de suceder: una sonrisa de profundo desden se dibujaba aún en sus labios.

Dirigióse hácia la mesa donde estaba la lámpara y empujó con el pié al andar los despojos del retrato del primogénito.

—¡Qué bestia tan feroz y estúpida! murmuró. En verdad que no tenía la partida mucha dificultad en ganarse.... El caso es que la iba á matar á no ser por ese viejo palurdo de tío con albarcas, que á decir verdad se ha portado como un hombre.

Dirigió una mirada á la espada que estaba en el mismo sitio.

—¡Pardiez! replicó, ¡vaya una guardia que tonial! Desarmó al otro tres veces seguidas con el moliinete.... No veía mas que saltar chispas.

Y se tendió en el sillón donde antes se sentaba Penhoel, y unió las manos sobre su estómago con aire de beatitud.

¡Eh! ¡todo eso pertenece ya á la historia antigua! prosiguió; ha caído el telón, concluyó la farsa y nosotros comenzamos la era seria de nuestra existencia.... Se trata ahora de ser un hombre grave y usar de nuestra fortuna cual corresponde....

Nos podríamos desembarazar fácilmente de ese viejo Basilio Pontalés, pero lo necesitamos para la diputación. Me ha prometido cien votos de sus hechuras en el distrito de Redon. Las elecciones se aproximan.... Cuando sea diputado, que me lleven los diablos si no le hago alguna jugarreta.

Agitó la campanilla colocada á su lado.

—Mi carrera por los campos me ha abierto mucho el apetito, dijo, pero no he perdido mi trabajo.... Blanca está en grande seguridad ahora y mi edificio tiene todos los cimientos que necesitaba.

Un criado se presentó en la puerta.

—Encargad que me preparen la cena, dijo Roberto.

—Ya está hecha, contestó el criado; nuestro amo había encargado que se la sirvieran en el salón.

—Bien, dijo Roberto. Me contentaré con la cena de tu amo. Vete.

El criado salió.

Roberto se frotaba las manos, riendo con entusiasmo.

—¡Pobre diablo! pensaba, ¡pobre diablo! Anda, vé á salvar á los que se ahogan.... ¡Ira de Dios! Ese viejo Benito Haligan habla como un libro, y la moral suya es que á las gentes se las debe dejar ir á fondo como el plomo.

Segunda carejada, durante la que una mano se dejó saer sobre su espalda.

Era Mr. Blas, vestido con un bello traje, y que reía también de todo corazón.

—¡Estamos alegres! dijo sentándose junto á su antiguo compañero.

—Y creo, hijo mío, que tenemos motivo para ello, replicó Reberto. Justamente estaba pensando en tí.... Me decía: He aquí un muchacho que debe estar me agradecido.

—¡Ah! exclamó Blas; ¿decías eso?

—¡Sí!.... El hecho es que te ha tocado la suerte como llovida del cielo.... Yo hubiera podido pasarme sin tí.

—Pues yo he hecho más, dijo Blas con fingida humildad; he sido un criado fiel, sumiso, obediente....

—La perla de los criados.

—Y además he sido, prosiguió Blas, un observador atento, un confidente discreto y un buen espía.

—¡El rey de los bribones! exclamó Roberto; tienes razón, no quiero disminuir tu mérito.... Puedes estar seguro de que tu parte de botín será decente y considerable.

El Zalamero acercó su silla, tomando un aire importante.

—Precisamente quería hablar unas cuantas palabras acerca de ese asunto, dijo. ¿De qué manera entiendes tú las particiones, Americano?

—Te aseguro, querido mío, que me coges desprevenido.... Aun no he pensado en eso. Como pue-

des conocer, no hay dificultades por eso entre nosotros.

—Seguramente que no.... Sin embargo, siempre te he oído decir que cuanto más amigos más claros. Púedese discutir sin incomodarse ni aun molestar.

Así, pues, te haré observar que estamos conforme á las bases de nuestro primer programa, esto es, veinte mil francos de renta para cada uno, si es que, como no creo, no lo has llegado á olvidar.

—¡Diablo! dijo Roberto. Me alegro mucho verte establecer esas diferencias.

—¡Muy grandes! interrumpió Blas.

—¡Convenidos!.... Yo lo he hecho todo mientras tú has estado durmiendo.

Blas escondió las manos en sus bolsillos y cruzó sus piernas como para tenderse sobre el respaldo de su sillón.

—Querido mío, dijo, veo que has llegado á introducir la discordia en nuestra amigable conversación.

Si te sientes mal de los nervios tanto peor para tí. Yo estoy de muy buen humor y prosigo con entera benevolencia. No se trata aquí de nuestros méritos respectivos, sino de las partes que deban correspondernos en la sucesión de Penhoel. Cuando he dicho que las circunstancias habían cambiado, es que veía dos nuevos herederos, y tal vez tres.

—¿Quiénes?

—Primero Pontalés.... Luego ese feo tunante

Macrocéfalo.... y finalmente, nuestra querida Lola, que como es natural no querrá marcharse con las manos vacías.

—¿Qué hacer?

—Helo aquí.... Dividir el patrimonio en dos partes iguales.... La primera será para el marqués de Pontalés, que se encarga de recompensar á Mr. Protasio Le Hivain, del modo y manera que mejor le cuadre.... Y la otra para nosotros.

—¿Y Lola?

—Será la querida de uno de los Pontalés, que la pagará ó no; eso poco nos importa. En cuanto á nuestra pequeña parte de veinte mil libras de renta, serán diez mil francos para tí y los otros diez mil para mí.

—Pero, quiso responder Roberto.

—¿Callas?.... Esto primero.... porque tambien yo tengo mi pero: durante el término de tres años consecutivos seré el dueño de nuestra fortuna, porque segun hemos convenido, seré el amo y tú el criado.

Roberto le miró con la boca abierta.

—¿Quieres burlarte? balbuceó.

—¡No tall!.... ¡en mi vida he hablado con mas formalidad!.... La tarde que hicimos aquella buena comida en la posada del viejo Geraud sobre el puerto de Redon.... ¡qué pan y qué queso!.... No nos supo muy mal.... me prometiste en los términos mas explícitos ser mi criado durante el mismo tiempo que yo lo fuera tuyo....

—¿Y habrás sido bastante loco para creer?.... comenzó Roberto frunciendo el entrecejo.

—Una simple observacion, interrumpió el Zalamero con gravedad; las nuevas relaciones que vamos á entablar juntos exigen á mi parecer nuevas formas.... Si mal no recuerdo, exigiste de mí en otra época el sacrificio de ciertas maneras familiares.... hoy hago yo lo mismo, y francamente no creo que quieras....

Roberto podía apenas contener su impaciencia.

—¿Acabarás? dijo.

—¿Todavía de tú? exclamó el Zalamero.... Americano, hijo mio, eres muy tereco.... Y comienzo á creer que nuestra amistosa plática va á terminar en una mala querella.

—Vamos, dijo Roberto, que comenzaba á inquietarse, te concedo los diez mil francos de renta, aunque sea un absurdo. No nos hallamos en estado de dar un escándalo.

—Vos tal vez, mi antiguo amo. Pero á mí me es completamente igual. Escucha; cada uno tiene sus debilidades.... Hace tres años que estoy pensando en los placeres que me proporciona este momento.

Esattamente, añadió, soltando la carejada.... No son muchos tres años, porque me he divertido como un bienaventurado.

Roberto tenia la cabeza baja y parecia reflexionar.

—Y cuando pienso que me voy á divertir tanto

tres años, replicó Blas, se me trastorna el juicio de alegría.

Roberto dirigió una mirada hacia el sitio en que se encontraba la espada del tío Juan de Penhoel que estaba á su lado.

Blas observó este movimiento.

—¡Oh, oh! dijo; creía que nos hallábamos en estado de dar un escándalo.

El lábio de Roberto temblaba: estaba pálido de cólera.

—¡Blas, Blas! dijo con voz alterada, mi paciencia tiene límites.

—Pero hace tres años que yo estoy gastando la mía, replicó el Zalamero, cuya calma parecía imperturbable.

—Sabes que lo que pides es imposible, y esas palabras deben ocultar otra cosa.... Acabemos: ¿qué quieres?

—Eso se llama hablar, exclamó el Zalamero, y querido mio, mucho has tardado en comprenderme. Se me han prometido veinte mil libras de renta, y quiero veinte mil libras de renta.

—¿Y yo? dijo Roberto, que bajaba los ojos para procurar encubrir su cólera.

—No me mezclo en negocios personales. Sobre las veinte mil libras de renta que quedan te arreglarás con el marqués de Pontalés, con Mr. Protasio Le-Hivain, con nuestra querida Lola, y aun con el mismo Bibandier si ha lugar.

—¿Es tu última decision? preguntó Roberto en voz baja y con los dientes apretados.

—Es mi última decision, respondió el Zalamero, y te prometo que nunca me volveré atrás de ella.

Me lo darás todo y comeré solo la cena que has pedido, mientras tú me la sirves.

—Vamos, dijo Roberto afectando un movimiento de alegría; veo que esta noche no se puede hablar contigo con formalidad. Preciso será procurar arreglar esto de otro modo.

Al pronunciar estas palabras con acento de buen humor, jugaba Roberto de Blois con el pié de la lámpara. Cuando asomaba mas alegre la sonrisa á sus lábios, se deslizó su mano rápida como el rayo y cogió de la mesa la espada de Penhoel.

Pero el Zalamero estaba en guardia. Por rápido que fué el movimiento de Roberto cuando se volvió para herir, vió á su camarada de pié y teniendo en la mano la espada del tío Juan.

—¡Oh, oh! querido mio, dijo Blas poniéndose en guardia con bastante gallardía; te conozco mas de lo que tú te figuras. Tú amarras siempre, es tu costumbre; pero al juego que vamos á jugar no se pueden ligar las cartas.

Roberto se habia levantado.

No era tal vez valiente en la acepcion heróica de esta palabra, pero tenia lo que se llama sangre fria y firmeza para defender en circunstancias dadas su interés ó su vida.

—Te prevengo que es un duelo á muerte, dijo dirigiéndose á Blas con precaucion.

—Será cuanto tu quieras, hijo mio, replicó el Zalamero. Gracias á Dios tengo cinco años de escuela.

Aun no estaban al alcance uno de otro: Roberto se detuvo, poniéndose en guardia á su vez.

—¿Quieres la paz?

—Yo, respondió Blas, te propongo una plaza de criado cerca de mi persona. . . . de lo contrario, reclamo el pago de mis salarios de tres años de servicio, que valúo en la respetable suma de doscientos mil francos.

Escusado era ya parlamentar. Las puntas de las dos espadas se unieron suavemente. Fué como una caricia.

Este combate no se asemejaba nada al que pocos momentos antes habia tenido lugar en el mismo sitio y con las mismas armas. Los dos adversarios se mostraron igualmente prudentes.

Dieron cada uno á su vez media docena de pases á distancia: cuando uno se tendia á fondo por casualidad, quedaban mas de seis pulgadas entre la punta de la espada y el cuerpo de su adversario.

Sin embargo, se animaba el asalto: herian el suelo con los piés cual si hubiesen estado en una sala de armas, y se oia el ruido de las espadas.

De lejos hubiera podido creer un miope que era una batalla terrible y encarnizada.

En el momento en que el ruido de las armas iba

creciendo, estalló una sonora carcajada al otro lado del salon.

Las dos espadas se bajaron á la vez.

La puerta por donde Roberto y Blas habian entrado en el salon se acababa de abrir. En el dintel se distinguia la escuálida y elevada figura de Bibandier.

El antiguo bandido se oprimia las caderas riendo á grandes carcajadas.

—¡Ah! ah! ah! exclamó en el momento que pudo hablar: no está mala la farsa. He aquí dos buenos y valientes muchachos que se batan como desesperados por una herencia de que solo se tendrán que contentar con el olor. Ah! ah! ah! Y por una cena que se va á comer otro muy sosegadamente.

Roberto y Blas estaban asombrados.

El antiguo bandido, enterrador de la parroquia de Glenac, dió algunos pasos por el interior de la estancia.

Tenia en la mano unos papeles.

—Si teneis miedo quedaos fuera, gritaba desde el dintel de la puerta: estoy muy seguro de que no me matarán. . . .

Y dirigiéndose á Roberto añadió:

—¡Ah! mi siempre querido amigo, puedes estar seguro de que cuando seas diputado iré á verte á la cámara muchas veces. Y en cuanto á tí, Zalamero, no quieres nada menos que veinte mil libras de renta, y que Roberto se las arregle luego como pueda con el marqués de Pontalés, con Mr. Prota-

sio Le-Hivain, y finalmente con Bibandier.... si ha lugar. Vaya, vaya: todo eso es tontería, hijos míos: hablemos de asuntos formales.

Blas y Roberto se miraban; el preámbulo no ofrecía nada bueno.

Bibandier se instaló en el sillón próximo á la mesa.

—Amores míos, dijo, me aplaudiré toda la vida el haberos evitado ensartaros con esos asadores. Aun cuando me dirijais esas miradas de tigre, por mas de una hora no cambiará por eso la historia.

Mirad, esta noche no hay aquí medio de hacer los pícaros.

—¿Qué significa todo eso? exclamó Roberto: nunca te he visto tan insolente, Bibandier.

—Americano, dijo el antiguo bandido, la naturaleza de mi carácter no me permite seguir la conversacion en ese tono. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! replicó riendo á grandes carcajadas; intenciones me dan de agarrar una de esas largas flamencas, y que comencemos los tres el baile.

Pero estamos diciendo locuras. Ven á ponerte á mi derecha, Zalamero; Americano, toma asiento á mi izquierda. Se trata de una comunicacion oficial.

Roberto y Blas se acercaron maquinalmente.

—El Sr. marqués de Pontalés, prosiguió Bibandier, ha querido darme cerca de vosotros una mision de confianza. Me ha dicho: Amigo Bibandier,

me repugna ver á ese Roberto de Blois y á ese Blas.

—¡Cómo! exclamaron á la vez.

—Si me interrumpis no acabaremos nunca; el señor marqués me ha dicho: Amigo Bibandier, evitadme la molestia de ver á ese par de bribones, Roberto y Blas.

—¡Ah! dijo Roberto; Pontalés ha dicho....

—Como he tenido el honor de deciros, hijos míos. Y creo que es pura modestia. El marqués al colmaros de beneficios quiere sustraerse á las demostraciones de vuestro agradecimiento. Juzgad vosotros; además me ha dicho:

Finalmente, esos tunantes me han sido de alguna utilidad y no quiero que se vayan con las manos vacías.

—¿Irnos? exclamó Blas.

Roberto á su vez añadió riendo:

—¡Bah! ¡bah! ¿El marqués cree que nosotros somos hombres que ponemos las manos en el fuego para que se salve otro y nos despida como unos chicuelos?

—El marqués es un conejo muy marrul'ero, monsieur Roberto, dijo con énfasis el antiguo bandido; se come las tajadas, y podeis estar muy contentos de que no haga otra cosa mas que echaros los huesos.

—¡Allá veremos!

—Está ya visto. Volviendo á la cuestion, Pontalés me ha encargado deciros que necesita su cas-

tillo de Penhoel, y que se alegrará mucho de ver que lo desalojais al momento.

—Preciso es que ese buen hombre se haya vuelto tonto ó loco, murmuró Roberto, que no comprendia nada de este acto de brutal hostilidad.

El castillo es nuestro mas que suyo. Poseemos contra-escrituras, cuyas copias se encuentran en manos de Mr. Le-Hivain.

—Las copias y los originales tambien.

—No.

—Sí tal; yo mismo he sido quien ha descerrajado esta noche tu bufete. Basta de juegos de manos, Mr. Roberto, porque hago tomar parte en la discusion á un argumento irresistible.

Su mano derecha, que estaba escondida dentro de su levita, asomó armada de una desmesurada pistola.

—Hablemos como buenos amigos, replicó, y no nos acaloremos antes de saber... Gano mi vida como puedo... Si hubiéseis sido los mas fuertes podeis estar seguros de que hubiese trabajado por vosotros... porque no os conservo ningun rencor y no recuerdo las malas acciones que durante tres años habeis cometido conmigo. Esto ya es cosa corriente. Es preciso que no conteis ya con vuestras contra-escrituras.

—Tenemos otros medios, dijo Roberto, y si Pontalés nos urge mucho....

—Amores míos, vais á ponerlos mas blandos, mas dulces que dos corderitos. Os lo aseguro.... Ya

os he dicho que ese viejo Pontalés es muy marrullero y muy bonachon... porque os ha propuesto una indemnizacion cuando con una sola palabra pudiera mandaros á la cárcel como á dos vagabundos.

—¿Qué indemnizacion? preguntó Blas.

—Una docena de bonitos billetes de mil francos para los dos.

Justamente la mitad de la renta de un año, exclamaron todos á la vez. Es una locura.

—¿Acceptais?

—¡No! dijo Roberto.

—¡Mejor me dejaria colgar! añadió Blas.

—¡Estilo antiguo! hizo observar Bibandier....

La guillotina ha reemplazado esa forma feudal y antigua.... Fuera bromas, muchachos; no comprendeis del todo vuestra situacion. Permitidme que os presente algunos curiosos documentos que ese astuto Pontalés ha hecho venir de la capital.

Desdobló uno de los papeles que tenia en la mano.

Primer documento. Extracto de las notas de la prefectura de policia.

Señas.

Roberto Causel.

La sorpresa arrancó un grito á Roberto.

Blas y él cambiaron en aquel momento de fisonomia. Hasta entonces habian creido poder combatir con armas iguales.

“Roberto Causel, prosiguió Bibandier, llamado

Wolf, llamado Belewski, llamado el Americano á causa del género de robo á que habitualmente se entrega. Orígen desconocido: veintiocho años: requerido por la justicia; tres sentencias por la policía correccional y dos por los tribunales: sentenciado en 1815 por robo calificado á cinco años de reclusion: se evadió de la cárcel al cabo de un mes sin que haya vuelto á ser preso."

Segundo documento. Extracto de las notas de la prefectura de policía. Señas.

Blas Jolin, llamado el Zalamero á causa del robo á que habitualmente se entrega.

Bibandier se puso á reir.

"...Se entrega: requerido por la justicia: sentenciado por contumacia el 5 de enero de 1816 á diez años de trabajos forzados, á la marca y á la esposicion...."

El antiguo bandido dobló cuidadosamente los papeles para guardarlos en el bolsillo.

Roberto y Blas tenían baja la cabeza; parecían aterrados.

—Malos compañeros, prosiguió Bibandier..... Diez años y la marca.... creo que has hecho muy bien en escaparte, Zalamero; pero no perdamos el tiempo en inútiles digresiones, como decia el gordiflon del abogado que me mandó á Brest.... Rés-tanos ahora por saber, Mr. Roberto, si os agrada permanecer en reclusion cuatro años y once meses y si sentís la necesidad, caballero Blas, de purgar vuestra contumacia.

Los dos amigos guardaban silencio. Era este un golpe tan rudo como inesperado. Blas, sobre todo, que se habia creído en la cúspide de la prosperidad, descendia de golpe, sintiéndose incapaz de resistencia.

Roberto al menos intentó hacer frente á la tormenta.

—Todo eso es muy bueno.... dijo levantando la cabeza, y adivino la parte que tienes en ese negocio, mi antiguo camarada; pero si nosotros estamos perdidos ¿cree Pontalés hallarse resguardado?

—¡Oh! ¡oh!.... respondió Bibandier; cuando vosotros le llegueis á pinchar....

—Se puede intentar.... Lo que ha pasado la noche de San Luis.

—¡No hay testigos!.... interrumpió Bibandier.

—Había uno cuando menos.

—Sí, es verdad; pero el único que lo conoce soy yo y el señor marqués me paga....

Roberto hizo un gesto de impotente rabia.

—Suceda lo que suceda, dijo, nos resistiremos. Aun no estamos entre las manos de la justicia y tenemos tiempo de volver.

—No mucho, dijo el antiguo bandido.

—Blas, dijo Roberto volviéndose hácia su compañero, démosnos la mano. Ahora estamos unidos, ¿no es así? Os juro que nosotros dos solos haremos mas de lo que crees á tu marqués de Pontalés.

—Sí, sí, replicó el Zalamero; haré cuanto quieras.

—¡Ah! exclamó Roberto, creia tenernos en sus

garras.... En apoyo de esas sublimes amenazas hubiera debido el marqués ponernos delante algunos gendarmes.

—¡Ocho hay en el zaguan! respondió Bibandier riendo: el Zalamero ha sido quien los ha ido á buscar á Redon.

Roberto se volvió bruscamente hácia Blas, que murmuró golpeándose la frente:

—Era para el caso de que los aldeanos se hubiesen sublevado por los señores de Penhoel.

Roberto calló: estaba vencido.

A favor del silencio que reinó pudo oirse la tos seca de Macrocéfalo que esperaba detrás de la puerta.

—Paciencia, le gritó Bibandier, todo está acabado.

Sacó de su bolsillo una cartera y contó en la esquina de la mesa diez billetes de banco de á mil francos.

—Amores míos, replicó, es tal la confianza que me inspiráis, que ni aun quiero exigiros recibo....

Únicamente os advierto que toda la policía tiene ya vuestras señas particulares.... Si al despuntar la aurora os encontráis aún en las cercanías, os puede suceder algun suceso desagradable....

En vista del peligro que os amenaza, os he hecho preparar dos excelentes caballos que os esperan en la orilla opuesta del rio.

—Partamos, dijo Roberto tomando los billetes diseminados por la mesa.

Blas estrujó los otros cinco con desesperacion.

—Con que quedamos enterados, prosiguió Bibandier: si os da el extraño capricho de volver, os encierran sin remision.

Los dos amigos se dirigieron hácia la puerta. Bibandier se levantó para acompañarlos.

—Espero que no me guardéis rencor, dijo al conducirlos. En suma, queridos míos, os he reconciliado.... cada uno gana su pan del modo que Dios le da á entender; ya lo sabreis. ¡Mirad! creo que no tardaré mucho en reunirme con vosotros en Paris... Aun podremos hacer algun buen negocio... Hasta la vista, muchachos.... ¡Ahl.... me olvidaba....

Mr. Le-Hivain, que no se atreve á entrar por miedo á las espadas, y que os ha jugado la presente tratada, me suplica os diga que no morirá contento á menos de hacerse descuartizar por vuestro servicio.

Roberto y Blas habian desaparecido.

Algunos momentos despues entró un criado con la cena pedida por Penhoel, y Bibandier y Mr. Protasio Le-Hivain se sentaron alegremente á a mesa.

Causaba placer verlos frotarse las manos y reir antes de atacar la succulenta polla que humeaba en medio de la mesa.

—Preciso es que esto sea comido por alguno, dijo Macrocéfalo.

—A vuestra salud, respondió Bibandier llenando dos vasos: esta noche somos dueños del castillo!

Cada uno llevó su vaso á los labios, pero en lu-

gar de beber se levantaron repentinamente con respeto.

El marqués de Pontalés, que acababa de entrar sin causar ruido, se había sentado á la mesa.

El antiguo bandido y el abogado permanecían de pié con el vaso en la mano y asombrados.

Al rostro de Pontalés asomaba una dulce sonrisa.

Atrajo hácia sí la polla y se sirvió un alon.

Le-Hivain y Bibandier esperaban que les mandase que se sentasen.

Pontalés comió el alon y bebió un vaso de vino con manifiesto placer.

Despues compartió entre sus dos compañeros un signo de cabeza protector.

—Estoy satisfecho de vosotros, hijos míos, dijo con su tranquilidad de costumbre. Id á comer al zaguan.



## VIII.

### EL PATIO DE LAS MENSAJERIAS.

Eran cerca de las ocho de la mañana. En el patio del edificio de las mensajerías en Rennes se causaba mucho ruido. Era la hora de la salida para Paris. En medio del patio se estacionaba un carruaje amarillo estrecho por la base, ancho por arriba y cuya construcción parecia calculada para las mayores desgracias posibles.

En torno de ese carruaje, al que estaban ya enganchados tres caballos condenados por diversas enfermedades, bullia multitud de viajeros, mozos y mendigos.

Habia allí esa familia que ocupa el interior de las diligencias desde el tiempo de su invencion, el padre con su gorro de seda negra y el gran saco